

Medalla “Dr. José Manuel Velasco Arce”

En sesión Solemne Extraordinaria la Mesa Directiva actual decidió por mayoría simple otorgar al Dr. Arturo Beltrán Ortega la Medalla Dr. José Manuel Velasco Arce, como reconocimiento a su destacada trayectoria como Mastólogo en México, la cual fue entregada en el marco del V Congreso Nacional de la Asociación Mexicana de Mastología y II Reunión Internacional de Enfermedades de la Glándula Mamaria celebrados en Agosto – Septiembre del 2006 en la Ciudad de León, Guanajuato.

Semblanza

Dr. Arturo Beltrán Ortega

Eduardo Maafs Molina

Quiero agradecer la distinción que me otorgó el Dr. Carlos Robles al invitarme a estar aquí en este momento. Deseo darle las gracias al Dr. Arturo Beltrán por permitirme platicar con él y su familia en su domicilio.

Al saber que hablaría sobre la vida y logros de este hombre tuve la oportunidad de conversar con un gran número de personas que han conocido y han trabajado con él. Fueron más de 50 individuos, algunos médicos, enfermeras, administradores e incluso pacientes dentro y fuera del Instituto Nacional de Cancerología. La gran mayoría, la inmensa mayoría de las palabras, de los adjetivos que describen al doctor son halagadoras y favorables. Aquellas que son críticas, en mi opinión, sinceras, no despectivas ni ofensivas. En conjunto dibujan a un hombre, que como muchos, ha tocado la vida de otros seres humanos.

Nació en Chilpancingo cuando esta ciudad tenía 12,000 habitantes. Su infancia fue feliz, a decir del propio Arturo Beltrán. Su padre, Pablo Beltrán, fue militar, peleó durante la Revolución Mexicana y perdió una de sus piernas. Otro hombre, a quien el Dr. Beltrán reconoce como el maestro que más influyó durante su formación

como alumno de primaria, el profesor Castro, también fue militar.

El propio carácter de Arturo Beltrán y la enorme influencia que un padre y un maestro de primaria tienen sobre un niño, pueden explicar algunas de las palabras más frecuentemente expresadas por aquellos o aquellas que conocen al Dr. Beltrán. Se le describe como serio y seco. Pero, sin duda, también incluyen: lealtad, autodisciplina, rectitud, profesionalismo, discreción, compromiso y respeto.

Su inscripción a medicina se debió –así él lo reconoce– porque su hermano mayor la estudiaba. Este hermano, poco tiempo después, abandonó esta carrera para buscar otros caminos. Arturo Beltrán se graduó en la Universidad Nacional Autónoma de México. Sus calificaciones no fueron especialmente notables; “regulares” fue la palabra que utilizó al hablar de sus notas, excepto en el año en que se escogían las plazas para realizar el Servicio Social. Ese año se esmeró y ocupó el quinto lugar de su generación. En vez de escoger un lugar con mejores recursos o más comodidades, regresó a su estado natal, específicamente un pequeño pueblo lla-

mado Tierra Colorada. La pasión, empeño, dedicación y enorme esfuerzo para mejorar las condiciones de su gente empezaba a dejarse ver.

Recuerdos de algunos acontecimientos durante su trabajo en ese pequeño pueblo son imborrables de su memoria: los cortejos fúnebres de una gran cantidad de niños fallecidos por sarampión y la impotencia para no poder resolver complicaciones obstétricas con la consecuente tragedia familiar.

Su mamá nunca quiso que fuese médico; ella hubiera preferido que estudiara Leyes, Contabilidad o “de perdida” que fuese político. Su padre, aceptando la decisión de estudiar para médico, lo presionó, sin conseguirlo, para que ingresara al Colegio Médico Militar.

Inició su Residencia en Oncología en el Hospital General. Durante esos años conoció a los Drs. Horacio Zalce, Rafael Martínez Zamudio y a Velasco Suárez. Estos hombres tendrían una enorme influencia en el futuro del joven médico. Uno de ellos, Martínez Zamudio, fue quien lo impulsó a viajar a los Estados Unidos para continuar su preparación como cirujano oncólogo. Durante su residencia en México, el Dr. Beltrán fue testigo del conflicto entre las dos eternas corrientes médicas: aquellos que se aferran al presente y al pasado, prefiriendo mantener prácticas basadas en tradición y experiencia y, en el otro lado, los que pugnan por las nuevas técnicas, avances e innovaciones en la manera de pensar y actuar. Se requiere inteligencia y talento para mantenerse en el grupo de vanguardia y no rezagarse irremediablemente.

El Dr. Beltrán hubiese preferido seguir trabajando en Estados Unidos. Tuvo la oportunidad; sin embargo, compromisos adquiridos previamente lo obligaron a regresar a México. A mediano y largo plazo este hecho benefició enormemente a la oncología de nuestro país. A su llegada, por la dificultad para encontrar trabajo remunerado, se vio obligado a operar en el Hospital Juárez, en el Hospital General y en el Instituto Nacional de Cancerología. Tuvo la oportunidad de ayudar al Dr. Horacio Zalce en sus cirugías e inclusive al Dr. Noriega Limón en sus tratamientos de radioterapia.

Su desarrollo como cirujano oncólogo fue gradual. El éxito estuvo basado, en opinión generalizada, en su preparación, estudio, disciplina, determinación, profesionalismo, compromiso, habilidad y experiencia. La imagen que tengo del Dr. Beltrán en una operación es la de un pintor que, con un fino pincel, va dibujando la anatomía de ese enfermo. Virtuosismo.

Como Director del Instituto Nacional de Cancerología se caracterizó por su cordialidad, por su política de “puertas abiertas”, por su sentido de justicia y equidad. Algunas comparaciones son inevitables. Para algunos de quienes tuvieron oportunidad de conocer al Dr. Noriega como Director de esa Institución, sus palabras llevan a reconocer a éste como un virtuoso excepcional, quien por brillantez propia “arrastraba al resto de la orquesta”. La figura del Dr. Beltrán, por el contrario era la de un verdadero conductor de orquesta, quien lograba que el grupo trabajara exitosamente. Toleraba errores y desatinos, excepto en lo concerniente al buen trato del enfermo con cáncer, especialmente si se trataba de un paciente de clase social baja. Lo más importante era el bienestar del enfermo. Exigía respeto a la dignidad de los más débiles y desprotegidos. La imagen de un hombre correcto y recto, de un caballero, la tienen muchas personas, tanto hombres como mujeres. Aunque a muchos les pueda parecer raro, el Dr. Beltrán sí tiene sentido del humor. Es diferente, agudo y mordaz. Ocasionalmente se le puede ver una sonrisa en el rostro.

Para muchos de sus pacientes, la figura del Dr. Beltrán podía parecer, sobre todo al principio, como sería, distante y fría. Los que hemos tenido oportunidad de trabajar a su lado sabemos que, detrás de esa imagen, caben las palabras: profesionalismo, dedicación, compromiso con el enfermo y su bienestar, ética intachable, humanismo y rectitud.

Organizaba campañas de detección de cáncer cervicouterino en su querido Guerrero. La figura del Director General del Instituto Nacional de Cancerología tomando Papanicolaous a las mujeres más humildes de su estado será, para mí, un grato recuerdo e inolvidable ejemplo. Compartía con nosotros: José Luis Barrera, Ernesto Gómez, Francisco Ochoa, Abelardo Meneses, y muchos otros, incomodidades y cansancio por ayudar a su gente. En una ocasión que por no invitarnos a cenar, prefirió irse con sus amigos a Acapulco donde se intoxicó por un pescado en malas condiciones. Al día siguiente, en el Centro de Salud donde nos encontrábamos, al no poder seguir trabajando, terminó acostado en una camilla, deshidratado, con suero en el brazo. No aceptó regresar anticipadamente a México, ni siquiera acortar la campaña de detección. El viaje a la ciudad de México lo hizo con todos nosotros.

El currículum del Dr. Arturo Beltrán es muy extenso. El número de Sociedades a las que ha sido invitado y

pertenece, tanto en México como en el extranjero, es muy larga. Los puestos que ha ocupado son por méritos propios. Su actividad docente y apoyo a la investigación clínica es conocida. Del sinnúmero de reconocimientos y premios que ha recibido, creo que el Dr. Beltrán aprecia uno en especial. En el año 2000, el Congreso del Estado de Guerrero le otorgó la "Presea Sentimientos de la Nación". En lo que a mí concierne el que más admiro le fue otorgado en la Ciudad de Durango hace algunos años al mencionarlo entre "Los Trece Grandes de la Cirugía en México". La satisfacción que un hombre puede tener al recibir el reconocimiento y gratitud de la sociedad en la que vive, sobre todo si fueron ganados por méritos propios, por años de trabajo, esfuerzo, dedicación y constancia, deben permanecer en el corazón de ese individuo. Su valor es moral y personal. Sus logros dentro de la oncología del país son importantes. Uno de ellos, la creación de Centros Estatales de Oncología, ha tenido y tendrá un profundo efecto en la lucha contra el cáncer en México.

Si Arturo Beltrán volviese a nacer sería nuevamente un médico. Creo que lo único que cambiaría es que trataría y probablemente llegaría a ser Secretario de Salud de Guerrero y después, porque no, Gobernador.

Al recordar al filósofo francés André Comte-Sponville, me permito repetir algunas de las palabras que escribió sobre la *generosidad*. La generosidad es la virtud de dar. No es tan sólo otorgar a cada uno lo que le corresponde, eso sería justicia, sino ofrecerle lo que no es suyo, lo que es nuestro y le falta al otro. Pero no se puede dar lo que no se posee, y sólo puede dar a condición de no

estar poseído por aquello que se da. Para ser generoso se requiere libertad o dominio de uno mismo. Para ser generoso se requiere conciencia y confianza. El ser generoso es saberse libre de actuar bien y de quererlo. El hombre generoso no es prisionero de sus pasiones ni sus defectos, ni de sí mismo, sino al contrario, es dueño de sí, y por lo tanto no tiene que buscar excusas. La generosidad es lo contrario del egoísmo, no empobrece al hombre ni le priva de nada, al contrario, al dar se enriquece, se vuelve mejor, acrecienta su valor.

La generosidad, como todas las virtudes, es plural, tanto en su contenido como en los nombres que recibe o que sirven para designarla. Unida al valor, puede ser heroísmo. Unida a la compasión, se convierte en benevolencia. Unida a la misericordia, en indulgencia. Pero su nombre más hermoso es uno que todo el mundo conoce: unida a la amabilidad, se llama bondad.

Dr. Arturo Beltrán, conocerlo es un honor y privilegio.

